

esto, lo repito, señora, era porque ignoraba lo que usted valía.

—Amigo mío—repuso María,—lo que yo hago no es virtud; no pasa de ser prudencia, y hasta algo de egoísmo. Pues la mujer que procura hacer feliz al hombre que le dió su nombre y quiso partir con ella su suerte, sus placeres y sus dolores; la mujer que le ama y le respeta, que procura complacerle y derrama en su casa el santo perfume de la paz y de la felicidad, por más que digan las personas del gran mundo y las dotadas de una imaginación exaltada y enferma, se conquista su reposo y es á su vez venturosa. Esto es lo que yo decía hace poco á mi hermana.

—¿Tiene usted á su lado una hermana?—preguntó el viajero.—¡Cuánto siento no haber ya tenido el placer de saludarla!

—¡Oh, y por cierto que es lindísima!—repuso Alberto.—Temo que haya peligro en verla para tus ideas de soltero contumaz.

—¡No temas!—dijo Gaspar moviendo lentamente la cabeza;—bien á mi pesar, vengo enamorado.

—¿Tú?—exclamó Alberto;—pero, vamos, ¡ya comprendo! Amores de quince días, como todos los tuyos.

Y volviéndose á su mujer, la preguntó:

—¿Dónde anda Elvira?

—Ahora entró en su cuarto—respondió aquella,—y yo también voy por adentro; ustedes ten-

drán que hablar, y les dejo en libertad... Adiós, amigo mío; adiós, Alberto; luego nos volveremos á ver.

María salió; su esposo y Gaspar la siguieron con los ojos hasta que desapareció el último pliegue de su largo traje.

III

EL SOL DE INVIERNO

—Conque, querido Gaspar, ¿qué me dices?—preguntó orgullosamente Alberto á su amigo así que se quedaron solos.

—Digo—repuso éste pensativo—que me gusta en extremo tu mujer.

—Ya lo sabía yo—respondió Alberto con esa íntima satisfacción que da el convencimiento de la propia ventura.

—¡Si es un modelo de perfecciones!—continuó Gaspar.—¡Qué linda, qué talento, qué gracias, qué distinguida y espiritual! ¡Y al mismo tiempo la rodea una nube de candor, que la protege de todo peligro de seducción! ¡Oh! ¡Si yo hallara una mujer así!...

—Te casarías al instante, ¿verdad?

—No—respondió Gaspar con prontitud;—no llega á tanto mi entusiasmo. La recomendaría á

un amigo, á quien después de ti quiero con todo mi corazón.

A esta inesperada salida, Alberto respondió con una carcajada.

—Vamos—dijo,—tú eres aún el mismo; zahiriendo sin compasión el matrimonio.

—Y yo te hallo á ti muy cambiado.

—¡Qué quieres! Te aseguro que soy ahora mucho más feliz que cuando estaba soltero. Para mí entonces volaba el tiempo... ya te acuerdas... en París, entre fiestas, placeres y orgías; pero no tenía el encanto que hoy rodea y hace también breves las horas de mi vida.

—¡Bravo, eres un excelente actor!—exclamó Gaspar riendo y dando palmadas.

—¿Qué estás diciendo?—preguntó Alberto asombrado.

—¡Digo que haces el Luis de *El hombre de mundo* de un modo inmejorable! Sigue: ¿conque aquellos goces?...

—Terminaban siempre en un tedio profundo. Aquellos varios amores que sucesivamente iban apoderándose de mi corazón; aquel sol de cariño me abrasaba con sus ardores, y su luz cegaba mis ojos. No tenía paz, alegría ni tranquilidad á ninguna hora del día. ¡Cuán diferente veo hoy la existencia! El amor de María, de ese ángel que uní á mi destino, ha dado vida á mi corazón, herido por un fastidio eterno no menos que por crueles desengaños; todos mis pesares se disipan con su

puro y santo anhelo; dicha no interrumpida me depara; un mañana más risueño que el hoy que se acaba me muestra siempre en lontananza, y hasta poder alcanzarle, mi casa convertida en cielo.

—¡Ya, con angelitos y todo!—repuso Gaspar irónicamente.—¿Cuántos hijos tienes?

—Aún no tengo la ventura de ser padre—respondió Alberto,—lo cual me es muy sensible.

—Lo creo; te he dicho mil veces, y eso en los tiempos de tus mayores calaveradas, que tu porvenir se reduciría, por fin, á casarte y ser un padre de familia con gran barriga y muchos hijos; pero, vamos, dime con franqueza: ese cielo que debes á tu mujer, ¿está siempre sereno?; ¿no le empaña nube alguna?...

—¡Oh, no!—respondió Alberto con tal entusiasmo, que sus ojos brillaron y se colorearon sus mejillas;—no hay nubes en mi cielo; siempre veo brillar en él un sol, que da vida á cuanto baña y le presta nuevos encantos. Es ese sol que en los días de invierno buscamos con avidez; es ese sol que contemplamos con tanto placer, y cuyo calor benéfico, lejos de abrasarnos, nos vivifica y regenera; ese sol cariñoso que despierta en nuestra alma un sentimiento dormido de bienestar; ese sol ante el cual huyen las nieblas, y después parece que, agradecida, le sonríe la naturaleza entera.

—Tienes razón—repuso Gaspar;—te comprendo. Ese sol envidiable es tu mujer, porque has

tenido la fortuna de que te caiga en lote una esposa... inverosímil, y es hasta un deber sagrado en tí alabar á las mujeres. Pero en tesis general...

—Tú acabarás por casarte.

—No pienso en tal cosa—respondió Gaspar con viveza;—aunque, si he de decirte la verdad, siento mucho la violenta antipatía que me inspira el matrimonio; en primer lugar, porque ya hace tiempo que dejé de ser pollo, y después, por otras varias causas: ¡solo, sin familia ni hogar!...

—El día que te enamores, le buscarás y le hallarás al instante.

—¿No te he dicho que estoy enamorado?

—¿De quién?

—No sé quién es ni cómo se llama; sólo sé que es una joven muy hermosa. ¡La más hermosa que yo he visto!

Gaspar dijo estas palabras con acento profundo y pensativo; luego prosiguió:

—Ella no sabe la impresión que produjo en mí, porque yo no quise decírsela.

—¿Cómo! ¿No sabe que la amas?

—No.

—No la querrás de veras.

—No lo sé; lo que sí es cierto es que la ausencia no ha borrado el recuerdo que conservo de ella.

—Pues ten valor y ¡qué diablo! atrévete á entrar en la cofradía.

—¡Jamás! ¡No ves que me acuerdo del pobre

Esteban, de aquel compañero de colegio! Su mujer le causó la muerte con su genio feroz. Pues ¿y Baltasar? Por huir de la suya pidió su traslado á Cuba, y allá se fué hace pocos meses, dejándose á su mujer en su pueblo con el pretexto de que no quería exponerla á los ardores de aquel clima.

—Te comprendo.

—Pues ¿y á Juan?

—¿Qué le ha sucedido?

—¿Qué? Que la alhaja de su esposa...

Aquí Gaspar, temeroso de que las señoras de la casa oyesen lo que iba á decir, que por la cuenta debía ser demasiado fuerte, se acercó al oído de Alberto y le dijo algunas palabras.

Alberto retrocedió dos pasos, y se santiguó asombrado.

—Eso es muy serio—dijo después.

—Ya está entablado el divorcio—prosiguió Gaspar.—Por todo lo cual he escarmentado en cabeza ajena, y me he convencido de que es obra de algún sabio este refrán: *El buey suelto bien se lame.*

—Pues yo—repuso Alberto—pudiera citarte el ejemplo de algunos matrimonios completamente dichosos.

—Son más los malos.

—No es eso; sino que como los malos son los que arman los estruendos y los escándalos, el mundo se apercibe de ellos solamente, sin reparar

en que hay otros muchos matrimonios buenos que gozan en silencio de una ventura envidiable.

—Eso será—dijo Gaspar;—en fin, voy á ver si me convierto á tu lado; pero mira: entretanto, quisiera que me dieras todo lo necesario para escribir á mis pobres y viejas tías mi feliz arribo á la corte.

—Ahí, en tu cuarto, habrá hecho colocar María todo lo necesario. Yo te dejo.

—Mira que no me estorbas.

—No importa: voy adentro. Llama si te hace falta alguna cosa más.

Alberto salió, y Gaspar se puso á recoger su abrigo y saco de noche de encima de una silla para entrarse con todo á su cuarto, cuando la puerta del gabinete de Elvira se abrió y apareció ésta con un libro en la mano.

IV

ENCUENTRO

La joven, movida por la curiosidad propia de su carácter, salía para ver al viajero; pero deseaba no ser vista de él. Sin embargo, á la primera mirada que fijó en su semblante, fué tal su sorpresa, que no pudo contener un grito y dejó caer el libro que tenía en la mano.

Al ruido se volvió el viajero, y vió confusamente la falda de un vestido de mujer y un libro

que había caído al suelo, y se inclinó para recogerlo.

Mas al ir á devolverlo, y al fijar á su vez la mirada en el hermoso semblante de Elvira, otra exclamación se escapó de sus labios.

—¡Santo Dios!—dijo reconociendo al mismo tiempo el libro y á la que lo leía.—¡Será posible! ¡Usted aquí?

—¡Caballero!...—balbuceó Elvira confusa y trémula.

—¡Qué feliz casualidad!—prosiguió Gaspar.—¡Conque, según lo que veo, el hermano á quien usted venía á buscar desde Barcelona es Alberto?

—¿Y usted—dijo Elvira sonriéndose—el amigo que acaba de llegar?

—¡Si me parece un sueño!—exclamó Gaspar; y luego añadió mirando á Elvira con un interés sencillo y afectuoso:

—¿Se ha aliviado usted ya de su indisposición?

—Sí—respondió la joven;—era sólo la incomodidad producida por el mareo; pero ya se pasó.

—¡Qué vapor!—exclamó Gaspar, cuyos ojos brillaban con un entusiasmo extraño en él;—¡cuando me acuerdo!... No he viajado jamás en otro que hiciera la travesía con tanta velocidad.

—En efecto—dijo Elvira suspirando;—no en vano le dieron el nombre de *Rápido*.

—Yo le hubiera llamado *Fiero*; pero lo más raro es que la diligencia en que he venido me ha

parecido que andaba á pasos de tortuga. ¡Lo menos se ha retrasado diez horas! ¡Oh, qué viaje!

—No comprendo—dijo Elvira.—¿A la diligencia culpa usted de pesada?

—Sí.

—¿Y se queja de la ligereza del vapor?

—Sí; me quejo del vapor porque me separaba de usted, y culpo á la diligencia porque tardaba en traerme aquí.

Elvira bajó los ojos ruborizada, y murmuró sonriendo con encantadora coquetería:

—Repito que no comprendo á usted.

—No lo extraño—repuso Gaspar,—porque para entenderme sería preciso que el corazón de usted sintiese lo que siente el mío.

Elvira alzó lentamente las largas pestañas negras que guarnecían sus párpados, y miró á Gaspar con tanta gracia y donaire, que el corazón del contumaz enemigo del matrimonio palpitó en su pecho aceleradamente.

—Y ¿qué siente usted?—preguntó la joven.

—Si he de decir la verdad—repuso Gaspar,—ni yo mismo lo sé; pero sufro mucho.

Elvira volvió á sonreirse, y dijo, bajando los ojos esta vez:

—No conociendo la enfermedad, es difícil buscar la medicina que ha de curarla.

Gaspar, que era maestro en esto de enamorar mujeres, y que iba ya haciéndose superior á su turbación, respondió:

—Yo estoy seguro de que la hallaría, mas no me atrevo á indicarla.

—Mal hecho—repuso Elvira alzando de nuevo sus párpados.

—Pues ya que usted me anima, voy á ver si me es posible sacudir mi cobardía y explicarle lo que me pasa.

Y Gaspar, después de hacer como que se recogía un momento, prosiguió de esta suerte:

—No bien vi á usted en el vapor, ya no pude apartar mis ojos de su divino semblante más que para dar gracias al cielo por la dicha que me había deparado.

—Creo—dijo Elvira—que es usted... andaluz.

—Sí—respondió Gaspar algo mohino;—pero á pesar de serlo, no es mi costumbre mentir ni aun exagerar.

—Lo tendré muy en cuenta.

—Sigo mi narración—interrumpió Gaspar:—como decía, usted al instante hizo prisioneros á mis ojos con los suyos; intenté darme una razón de ello; quise pensar, y me hallé con que mi pensamiento estaba cautivo también; y en fin, á medida que llegaba al puerto el vapor, sentía mi corazón oprimido y...

—¡Ah, ya! Se estaría resistiendo á que yo le prendiera—dijo Elvira.

—Pero fué inútil su resistencia, porque en este instante late por usted, ¡sólo por usted!

Gaspar pronunció estas palabras con el acento

de la convicción y de la verdad, porque la belleza de Elvira, sus coqueterías y el exquisito perfume de elegancia que se desprendía de la joven, le tenían subyugado y sujeto á una especie de fascinación; pero sus mismas palabras disiparon esta vaga embriaguez que iba envolviendo su cerebro como un velo de gasa.

Apenas acababa de pronunciar su declaración, asustóse de lo que significaba, y dió dos pasos atrás.

La voz de Elvira volvió á atraerle. como un cántico sonoro é impregnado de armonía; la joven le miró tiernamente, y pronunció estas palabras con su acento cadencioso y suave:

—Si fuera cierto lo que usted ha dicho... yo...

—Repito que, aunque andaluz, no miento jamás—dijo Gaspar acercándose de nuevo á Elvira.

—Pues bien—repuso ésta,—voy á hablar á usted con franqueza: usted ha logrado inspirarme... una viva simpatía.

—¡Qué escucho!—exclamó Gaspar, sin ver que se dejaba coger en aquel lazo de seda y oro;—¿siente usted por mí simpatía?

—¡No; no es eso!—respondió Elvira confusa.

—¿Amistad?—preguntó Gaspar con tristeza.

—No, no; tampoco—contestó la joven.—Mire usted: cuando llegamos á Valencia, al ver que nos teníamos que separar, que usted se marchaba á Granada y yo á Madrid, ¡sentí un pesar!...

—¡Será posible!

—Sí, es la verdad; y este pesar, en vez de borrarse con el tiempo, se fué aumentando, siempre unido al recuerdo de usted.

—¡No es ilusión!—exclamó entusiasmado Gaspar, quien, como hombre de impresiones, se dejaba llevar siempre de la del momento.

—Un día—prosiguió la joven—fuí con mi hermana á comprar unos cubiertos; en tanto que ella los elegía, yo fijé mi atención en una sortija de un gusto en extremo delicado; el platero me hizo observar que en la cinta que formaba podían grabarse letras...

—¡Ah!—exclamó Gaspar,—¿y le dió usted mis iniciales, G. J.?

—No—respondió Elvira.—¡Mucho hubiera deseado poder hacerlo; pero no las sabía!

—¡Ay, Dios, cuánto lo siento! Por si ocurriera otra vez, me llamo Gaspar Juncosa, y...

—En cambio—dijo Elvira,—mire usted lo que puse.

Gaspar tomó, trémulo y turbado por su conmoción, la preciosa mano que le presentaba Elvira; fijó sus ojos en la sortija, y leyó: 24 de Febrero.

—¡Qué miro!—exclamó.—¡Esta fecha!...

—Es la del día en que yo hice presos á sus ojos de usted, á su pensamiento y á su corazón—respondió Elvira con una sonrisa encantadora y sin cuidarse de desprender su mano de las de Gaspar.

—¡Me parece esto un sueño!—exclamó Gas-

par;—y para convencerme de la realidad, necesito una cosa.

—¿Qué cosa?

—Ver lucir esa sortija en mi mano; ¡que usted me la conceda!

—Y en cambio...—dijo Elvira sacándose la sortija.

—¡En cambio, juro á usted que la amaré eternamente!

—Pues tome usted—dijo la joven, acercándose á Juncosa y poniéndole la sortija en el dedo.

En aquel instante se oyeron pisadas, y Elvira se hizo dos pasos atrás; pero el fleco de un chal de la India que llevaba sobre su traje de seda, á causa de estar aún delicada después de su viaje, se había enredado en un botón del gabán de Gaspar.

Elvira asió rápidamente el fleco, y quiso deshacer el enredo; pero sólo consiguió hacerle mayor.

En aquel instante María y su marido aparecieron en la puerta de entrada.

—¡Alberto!—pensó Gaspar confundido;—¿qué es lo que creará? ¡Cómo se va á reir!

Los dos esposos adelantaron algunos pasos, y apercibiéndose de lo que sucedía, soltaron la carcajada.

Entonces Elvira, ciega de cólera y de rubor, dió un tirón y arrancó parte del fleco de su chal, separándose con ímpetu.

María, á pesar de su natural apacible, se acer-

có á su hermana, y le dijo con una especie de burla dulce:

—¿No decías que no te había de ver la cara nuestro amigo?

—¡Es que has de saber que es el joven del vapor!—respondió Elvira.

—¡Tú, que siempre vas huyendo de las mujeres!—dijo al mismo tiempo Alberto á su amigo.

Elvira conoció lo cruel y bochornoso de su posición, y con voz trémula exclamó, dirigiéndose á Gaspar:

—¡Hable usted!

—Alberto—dijo Juncosa,—en tu hermana he hallado la mujer de quien te hablé.

—¡Ah, ya! ¿Aquella de quien estabas tan enamorado?

—La misma: la conocí en el viaje que hice desde Barcelona á Granada; la he hallado aquí, y la he declarado mi amor.

—¿Sabes lo que hay, Alberto?—preguntó María á su marido.

—Hay—respondió Gaspar con gravedad,—que pido á ustedes la mano de su hermana.

—¡Será posible!—exclamó Alberto estupefacto.—¿Qué dices tú á eso, Elvira?

—Digo—respondió ésta—que... apoyo la petición del señor de Juncosa.

—Pues, por mi parte, hijos míos—dijo Alberto uniendo las manos de los jóvenes con cómica gravedad,—que Dios os haga felices. Pero tú, Gas-

par, ¿no me has dicho que le temes tanto á la casa y á las mujeres?...

—Sí—respondió Gaspar;—¡pero quiero ver si consigo encontrar mi *sol de invierno!*

Elvira pagó las lisonjeras palabras de Gaspar con una dulce mirada, y luego salió con su hermana, á la que quería referir todos los pormenores de su dicha.

V

ANTES QUE TE CASES...

Al día siguiente de la brusca declaración de Gaspar respecto á su deseo de casarse con Elvira, toda la familia se reunió para almorzar; la alegría reinaba en la mesa. La joven viuda se había vestido con esmero, y la esperanza de una dicha cercana, borrando las antiguas nubes de su melancolía, la hacía parecer más hermosa, ó mejor dicho, animaba su belleza de un contento dulce y radioso.

Alberto y Gaspar abandonaron la mesa apenas terminó el almuerzo, y se encaminaron, para fumar con libertad, á la sala de labor, ocupando cada uno un cómodo sillón.

—Gaspar—dijo Alberto tras algunos instantes de silencio, —quiero que hablemos como dos buenos amigos.

—Hablemos—respondió Gaspar mirando á Al-

berto con extrañeza;—pero ¿á qué viene esa gravedad?

—Óyeme y lo sabrás: así como no aplaudo el descabellado juicio que ayer formaste del matrimonio en general, no admito, ni creo que sea prudente, que ahora, así..., sin reflexionarlo quizá, por un capricho solamente, te cases, y...

—¿Cómo sin reflexionarlo?—exclamó impetuosamente Gaspar;—¡yo amo á Elvira, y esto basta!

—Te engañas; y convendría desde luego que el trato...

—¿Conque niegas que la ame?

—No lo niego; lo que niego es que la ames bastante para ser feliz á su lado. Eres un hombre de impresiones, y siempre te dejas llevar de la última; no olvides el refrán: *antes que te cases, mira lo que haces.*

—Y no olvides tú que si no me caso así..., de repente..., me moriré soltero.

—¿Y por qué? ¡Veamos!

—Es muy sencillo: porque si todos los hombres meditaran lo que van á perder y á ganar casándose, ni para muestra se hallaría un marido en toda la tierra. Las mujeres son un mal muy grave, ya lo sé; pero también he llegado á convencerme de que son un mal necesario.

—Yo te aseguro que no eres lo que se necesita para ser un buen marido, y que, por lo mismo, debes mirar mucho y elegir lo mejor; en cuanto á Elvira, te advierto que es muy celosa.

—Yo cuidaré de no darle motivo para que lo sea.

—Pero debes estudiar su genio.

—Después de casado.

—Mira que tiene un carácter algo violento...

—Eso no es falta.

—No es falta, pero puede ser sobra.

—Nada me importa.

—No olvides que el matrimonio es un nudo...

—¡Hombre, ya lo sé!

—Que puede oprimirte mucho y que no tendrás más remedio que sufrir, porque sólo la muerte lo desata.

—¡Basta!—concluyó Gaspar algo enojado;—te digo que estoy resuelto á casarme con Elvira; te lo he repetido veinte veces desde ayer, con el fin de dejar ya arreglado el día y demás, y siempre te he visto poco propicio á secundar mis deseos.

—No esperaba que fueras tan ejecutivo—respondió Alberto;—pero, vamos, no te enfades, pues ya sabes que todo cuanto te digo es por tu bien, y que mi mayor deseo es que entres á formar parte de mi familia.

—Pues entonces, ¿por qué quieres que esté haciendo el pollo diez años? Elvira vale mucho; pero si me crees indigno de su mano, me lo dirás claro, y yo...

—¡Tú estás loco!—exclamó riendo Alberto.

—No, no estoy loco, estoy muy cuerdo; y por

más que sea hermana de tu mujer, soy yo bastante para ir al gobernador á que me dé una orden de depósito.

—¡Santos cielos! ¡Este hombre es un reloj descompuesto!—murmuró Alberto; y luego, levantando la voz, añadió:—¿Qué estás diciendo? Si para nada absolutamente necesitáis ni ella ni tú mi consentimiento. Elvira es viuda...

Al oír estas palabras Gaspar, sorprendido, dió un paso atrás y exclamó:

—¿Qué dices?

—¡Que es viuda!

—¿Y por qué murió el marido? Siendo ella tan buena..., tan dulce..., no acierto á explicarme... ¡Ah, ya! Moriría de empacho de felicidad.

Alberto no pudo menos de soltar otra carcajada al oír tan original salida; pero procuró contenerla, porque la ansiedad de su amigo, aunque cómica en las formas, era verdadera en el fondo.

—No—dijo;—se murió... se murió de un tabardillo.

—¡Santo Dios! ¿Sabes que ese dato es muy alarmante para mí, querido Alberto? Habla: ¿has oído decir si el difunto se irritaba?

—¡Él! ¡Si era un cordero! Pero no tomes por el lado que quema lo que te he dicho; el esposo de Elvira murió á consecuencia de unas calenturas...

—¿Tenía afición á la caza?

—No, por cierto: era de costumbres suaves, apacibles; y si has de amar y mimar á Elvira

como él, mucho trabajo ha de costarte; pero ella viene hacia aquí y te podrá informar...

—¡Oh, no!—interrumpió Gaspar;—no le digas ni una palabra de lo que hemos hablado.

Alberto sólo pudo responder con un signo de cabeza, porque las dos hermanas entraron en la habitación.

A la expresión de alegría y de dicha que durante el almuerzo había animado las lindas facciones de Elvira, sucedió otra de disgusto y mal humor: echó una mirada de enojo sobre Gaspar, y se dejó caer en un sillón.

—¡Ay, Dios!—dijo en seguida con tono mimoso y lleno de desdén;—¡cualquiera diría que les causamos horror! ¡Es mucha galantería la de ustedes!

—Pero, Elvira—dijo María,—quizá tendrían que hablar, y en ese caso...

—Sin acabar de almorzar—repuso Elvira—se han levantado de la mesa, y no puede disculpar esta falta de atención razón ninguna.

—Hay una—dijo Alberto.

—¿Y se puede saber cuál es?—preguntó fríamente Elvira.

—Sin duda, hermana mía: necesitábamos fumar, y no hemos querido haceros toser con el humo.

Elvira se volvió hacia Gaspar, que, en efecto, acababa de encender un cigarro puro, y le dijo con enojo y extrañeza:

—¡Cómo! ¿Usted fuma?

—Si tal—respondió éste con aire satisfecho, pues había tratado á muchas mujeres enemigas de los hombres que no fumaban,—fumo mucho y siempre puro.

—¿Y por qué no fumas tú?—preguntaba María al mismo tiempo á su marido, á cuyo lado se hallaba sentada al otro extremo de la estancia.

—Acabo de hacerlo—respondió Alberto;—pero voy á encender otro cigarro sólo por complacerte.

—Haz lo que quieras—dijo María;—mi solo deseo es que nunca te prives por mi causa de ese gusto.

El silencio reinó algunos instantes; pero Elvira le rompió la primera, diciendo á Gaspar secamente:

—¡Siento en el alma que usted fume!

—¿Hace á usted daño?—preguntó Gaspar mirando con tristeza su magnífico habano.

—Sí—repuso la joven;—me incomoda ese olor; vamos, ¡me apesta!

—¡Oh, qué horror!—exclamó Gaspar con el entusiasmo del buen fumador.—¡Dice usted que es pestilente este aroma tan exquisito, que todo lo embalsama y purifica? Vamos, usted no lo ha aspirado de cerca. ¡Mire usted qué delicioso!

Al decir estas palabras acercó el cigarro á la nariz de Elvira; pero ésta, furiosa, se hizo atrás, y gritó casi convulsa:

—¡Tire usted, por favor, al instante ese cigarro!
Gaspar miró su habano con profunda lástima, porque entonces era cuando empezaba á saberle bien. Sólo un fumador puede apreciar el placer que se experimenta con un cigarro bueno y aromático. Gaspar no tuvo valor para apagar el suyo, y siguió chupándole.

—¿Aún fuma usted?—preguntó irritada Elvira, que no perdía ninguno de sus movimientos.

—Mire usted: ¡fumando estoy sin saber lo que me hago!—respondió Gaspar, que luchaba entre su deseo de complacerla y su afición de fumador.

—La verdad—repuso la joven,—me figuré que era usted más complaciente.

—¿Y quién duda que lo soy?

—Yo—dijo Elvira;—yo lo dudo y tengo motivos para ello, porque lo que es ahora lo disimula usted mucho.

—¡Vamos, por la complacencia!—dijo Gaspar arrojando su querido cigarro;—¡no quiero que por mí haya jamás disputas!

—Gracias—dijo Elvira con amabilidad; después añadió para sí:—¡Magnífico! ¡Me he salido con la mía!

—¡Vaya con la exigencia!—pensaba entretanto Gaspar,—¡y vaya con el genio de la niña!

Luego, tomando una resolución que le diera alguna esperanza para lo sucesivo, se atrevió á decir á Elvira entre cariñoso y enojado:

—¿Y regirá siempre esa ley tirana que acaba

usted de imponerme? ¿No me será dado con el tiempo poder fumar?

—No—respondió la joven con decisión;—no está en mi mano conceder una cosa que me mortifica... Sin embargo, yo no puedo impedirle que fume cuando guste.

—¡Oh! ¡Si usted me diera permiso para ello!

—¡No! ¡Con mi apoyo jamás! No se haga usted semejante ilusión.

—Pero, amiga mía, no sea usted tan exigente. ¡Mire usted á su hermana cómo no se opone á que su marido fume!

—Acabemos la cuestión—dijo Elvira secamente.

—En este punto, querría que imitase usted á su hermana.

—¡Pues cácese usted con ella!

Esta respuesta, á un tiempo necia y grosera, fué dada por la joven con un tono que no admitía réplica; pero Gaspar aún se atrevió á insistir.

—Querida Elvira, si así lo discute todo, es imposible una avenencia; vamos, que Alberto decida nuestra querella.

—¡No, no!—repuso Elvira, que se enojaba mucho con las pullas de Alberto acerca de su genio irascible;—¡no le diga usted nada!

—Pero ¿por qué? ¡Él será imparcial!

—¿Imparcial un hombre que fuma?

—Amiga mía, por Dios, sea usted razonable—insistió Gaspar, que era terco.

—¡Que no quiero que le diga usted una sola palabra!

—Mas ¿por qué?

—Porque... ¡no quiero! ¡No doy otra razón!

Estas palabras fueron pronunciadas con una voz tan alta y tan irritada, que llamaron la atención de María, que hablaba con su marido.

—¿Qué sucede?—preguntó ésta acercándose á los desavenidos amantes.

—¿Ya hay disensiones?—preguntó á su vez Alberto, acercándose también.

—No—respondió Elvira confusa,—es Gaspar que está obcecado...

—¡Es usted!—respondió el granadino;—¡usted, que se ha empeñado en no avenirse á la razón!

—¡Vaya, sepamos lo que ha sido!—dijo Alberto.

Gaspar iba á hablar, pero una mirada severa de Elvira le detuvo.

—Amigo mío—dijo á Alberto,—no me acuerdo de nada de lo que ha ocurrido; pero mira: tira el cigarro antes de acercarte aquí.

—¡Ja, ja; no digas más!—exclamó Alberto riendo á carcajadas;—¡ya está todo descubierto!

—¡Si usted no fuera hablador!—murmuró Elvira dirigiéndose á Juncosa.

—¿Tengo acaso la culpa de que hayan adivinado lo que está sucediendo?—preguntó Gaspar, que ya se iba cansando de disputa y de contradicción.

—¡Inútiles son todas las excusas de usted!—repuso Elvira.

—¡No me haga usted responsable de la perspicacia de sus hermanos!

—¡Le hago á usted responsable de su manía de hablar, y además de su insolente ironía!

—¡Hermana!—murmuró con tono de dulce reconvención la señora de Alvareda.

—¡Déjame en paz!—respondió la joven, que había llegado al último extremo de irritación.

Alberto se acercó á la mesa donde había recaído de escribir, y gritó, agitando con fuerza una campanilla:

—¡Orden, orden y silencio! ¡Cesen los alborotos y haya más calma y prudencia!

Elvira se volvió llena de enojo al oír la risa con que Alberto había acompañado sus palabras; sus facciones estaban alteradas y descompuestas por la cólera; sus mejillas cubiertas de bermellón; sus ojos chispeaban; pero incapaz de responder porque la ira la ahogaba, volvió la espalda con desprecio.

Gaspar vió todo esto, y deseando poner término á una escena que empezaba á fatigarle, sacó el reloj.

—La una—dijo;—me voy á la Audiencia.

—Y yo—dijo Alberto,—á buscar un agente para arreglar un negocio.

—Y qué, ¿se va usted?—preguntó Elvira, deponiendo la mayor parte de su cólera y acercándose á Gaspar.

—Sí, me voy; pero deseo que antes se desenfunde usted conmigo—respondió el joven; quien á la

vista de aquella mirada suplicante, sintió deshacerse su enojo como la nieve á los rayos del sol.

—¡Mal remedio es la ausencia!

—¡Pero observe usted que la mía no es voluntaria!

—¡Diga usted que lo que ansía es huir de mi lado!

—No, Elvira—respondió Gaspar;—ya dije á usted anoche que hoy es la vista del pleito.

—¿Y cree usted perderle si no va?

—No; mas mi viaje tiene sólo por objeto ese asunto, y...

—El mal—dijo Elvira casi llorando—está en que le quiero demasiado.

—Sí, ya lo sé—repuso Juncosa;—pero, ¡por Dios, póngase usted en mi lugar! ¡Una gran parte de mi fortuna consiste en ganar ese pleito!

—Pero... ¿no va usted más que á la Audiencia?

—Nada más.

—¿De veras? ¿Y volverá usted pronto?

—Al instante que me sea posible.

—Pronto vuelvo, querida mía—dijo Alberto á su mujer.

—Ven cuando quieras—respondió ésta.

—¡Cuidado con tardar!—dijo Elvira á Gaspar, que no separaba de ella sus ojos.

—No tardaré más que lo indispensable.

Y saludando á María con la cabeza, salió con su amigo.

VI

LA PROVIDENCIA DOMÉSTICA

Así que los dos amigos hubieron salido, María tiró del cordón de la campanilla, y Pepa, su antigua niñera, se presentó en el umbral.

A la sazón aquella mujer tenía un volumen espantoso, tanto era lo que había engruesado; pero su gran corpulencia correspondía á la dignidad de ama de llaves, á que había ascendido.

Contaría entonces Pepa unos treinta y seis años, y llevaba un traje de hábito carmelita, de gruesa estameña, que había ofrecido para toda su vida; á su costado izquierdo pendía una larga co-rrera, de cuero barnizado de negro.

Por encima del cuerpo del vestido llevaba un pañuelo de seda, á cuadros, de colores oscuros, y por debajo de aquél se descubrían los bordes de otro de muselina, blanco como la nieve.

Un ancho delantal de cotonía azul cubría la mitad anterior de su falda, y su calzado se componía de medias blancas de algodón y de zapatos de rusel negro, escrupulosamente ajustados, con galón de seda.

Pepa tenía la cara gruesa y colorada; el cabello escaso, pero negro y lustroso; los ojos oscuros, pequeños y vivos; la boca grande, risueña, fresca y encarnada; en suma, *Pepa era fea, basta*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1000.1625 MONTERREY, MEXICO